

El comandante Lizardo Proenza Sanchez se ocupó de Juan Alberto Proenza se convirtió en otra cosa grande, un especialista, y sus soldados lo llamaban El Enemigo de los Bandidos, y uno lo recuerda con aquel vozarrón fuerte que se gastaba y que resultaba perfecto para las ordenes y las cojonadas que tiraba, y que una vez cogió una banda y la hizo cisco y después, cuando supo que tres de los bandidos liquidados tenían el mismo apellido y habían sido unos tipos tozudos y fuertes que convirtieron la lucha contra el comunismo en un problema de familia, dijo que le trajeran al huerfanito más pequeño para criarlo, que iba a ser su hijo desde ese momento, iba a ser un Proenza. La crianza de los otros era tarea de la patria. Pero este era suyo. Su responsabilidad.

Buena campana. De primera. Los alzados andaban por esos montes con sus Thompson y sus M-1 y aportaban su contrarrevolución y servían a los yanquis en su primer campo de ensayo de los conflictos de baja intensidad. Pero desconocían que ya estaban muertos y sepultados y que ni siquiera sus tumbas serían reconocidas. Ni el derecho a la muerte les dejaron. Se limpió completo. Pero tuvo su parte mala. Hubo que poner muertos. Gente buena. Ricardo Díaz. Omar Antuna. Oscar Figueredo. Silverio Chavez. El negro Orestes. El guajiro Pisco. El guajiro Romero. Alberto Delgado. Roberto Gutierrez. Mas lo que uno siempre ha apreciado es que uno pudo ser uno de ellos y que ahora sería una de esas fotos de carne ampliadas y retocadas que se exhiben en las salas de los museos de provincia, y el hecho es que uno se ha visto como en un espejo en esas fotografías y esa es la razón de que sepa desde hace años que ya no se pertenece y que las cadenas se rompieron hace rato.

Así que Tomashevich estaba por allí y fomentaba su leyenda y andaba en un Toyota verde y le había tendido un cerco a Esquijarrusa y eliminado la mitad de la banda. Pero El Quija se le había escapado, herido, en un caballo. Un combatiente lo tuvo en la mirilla de su fusil checo

M-52. Un blanco fácil a menos de 100 metros. Mas una munición con polvora mojada se encasquilla en la recámara y te deja escapar un blanco como ese. Tomashevich le tiró otro cerco en menos de un mes y a cosa de 2 kilómetros de Meneses, y le destruyó la otra mitad de la banda. El Quija volvió a escapar. Fue cuando el comandante soltó una ringlera de palabrotas con abundancia de erres y de pes y de ges y el ceño se le frunció como la quilla de un acorazado y ese fruncimiento duró una eternidad. Seguridad se demoró poco en volverselo a ubicar. Cuando por fin le echó garra, El Quija tenía alojado un proyectil de Ppsha en el tejido subcutáneo del pecho, que esa fue la razón por la cual, posteriormente, el fiscal propusiera una disminución de la condena: quitar uno de los fusileros del pelotón porque el convicto ya traía incrustada una de las balas.

Y esa era la época en que el corresponsal Norberto Fuentes solía preguntar a los bandidos recién capturados su parecer sobre la reforma agraria y la misma en que el comandante Menendez Tomashevich llevaba su Toyota que parecía una carreta gitana, cargada con mochilas y cartapacios de mapas. En la cima del cargamento sobresalía el primer AKM que se vio en Cuba y que era suyo porque se lo regaló un general soviético. Tenía una placa metálica con la dedicatoria en la culata. Traía también, debajo de la guantera del Toyota, dos granadas norteamericanas de fragmentación. Para el primer golpe, según decía, por si lo emboscaban en el camino. Había retirado el teipe de seguridad y estaban a la mano, pero el día que fue a probarlas no explotaron. Lo va a recordar como una gracia.

—Como si tirara dos latas de leche, mijo. Lo confiado que yo vivía con esas granadas.

Y uno era feliz entonces por unas cuantas razones y porque los cuentos tenían la frescura de haber ocurrido aquella misma madrugada y uno preguntaba después mientras vivaqueaba en las montañas de Cuba: